

DIPLOMATICOS DE LA LIBERTAD

MANUEL TORRES "EL PRECURSOR"

Páginas de la historia diplomática de Colombia en la primera parte de su vida independiente.

Por:

Fabio Contreras Forero

Consejero

Tan llena está la historia de la Gran Colombia de la resonancia militar, de la gloria del ejército, de la fama de los hombres que hicieron la prodigiosa epopeya libertadora del mundo americano, que son contadísimos los observadores del acontecer histórico que se han detenido a ver con interés la ciclópea labor de otros soldados, guerreros sin armas de la causa de la independencia, de la libertad, que vagaban por los grandes países del viejo y del nuevo mundo, luchando impertérritos por alcanzar el reconocimiento de la gran patria recién nacida, sin recursos pecuniarios ni fuero diplomático, esquivando la implacable persecución de espías y soplones que siempre tuvo a mano la diplomacia española de antigua usanza.

"Fácil tarea es la de representar a una nación pujante y rica, que dispone de barcos y soldados para apoyar al negociador en sus gestiones, pero todo elogio es poco para los diplomáticos que tuvieron que negociar representando a un gobierno desorientado y flaco, y no se abatieron a la desgracia", ha escrito un varón que encaneció en el servicio exterior, el Marqués de Villa Urrutia.

Tres hombres especialmente son los acreedores al reconocimiento y veneración nacionales, porque en verdad merecen como ningunos otros, el título de "**Diplomáticos de la Libertad**": Manuel Torres, Ignacio Sánchez de Tejada y Pedro Gual.

Iniciamos esta serie con una breve reseña sobre Don MANUEL TORRES quien ocupara el primer lugar en el orden cronológico y en la magnitud de los éxitos alcanzados. También es el que más violentos contrastes y más rotundas antinomias presenta en su personalidad humana a la consideración de la crítica biográfica.

Español de nacimiento, y noble a lo que parece, fue uno de los más desvelados servidores de la causa libertadora e igualitaria del criollismo. Europeo, luchó con

denodado empeño por la fundación de una política continental americana, con prescindencia absoluta del Viejo Mundo. Educado para la profesión de las armas en la famosa escuela de Peret, fue adversario tenaz de la guerra que su patria sostuvo contra las colonias.

Hijo de su época, tenía las contradicciones del siglo, como que fue escéptico y creyente al mismo tiempo, como muchos de sus contemporáneos. Sobrino del Arzobispo Virrey, pero discípulo de Rousseau, creía que en el nuevo mundo se daba el hombre ideal, el ente puro que soñó el filósofo ginebrino, el ser humano no contaminado enteramente todavía por la hipócrita corrupción europea de ese entonces.

Cierto escritor peninsular se imagina a Don Manuel Torres cuando estuvo de servicio en uno de los cuerpos militares que hacían la guarnición en Santa Fe, como protegido de su tío el Arzobispo Antonio Caballero y Góngora, con peluquín y espada en aquella apacible y magnífica sociedad criolla, en medio de la cual transcurrió parte de su primera juventud.

En Tenerife, a orillas del Río Magdalena, levantó Torres aquella gran fortuna que le permitiría más adelante atender holgadamente los gastos y obligaciones de una elevada posición social en el extranjero. Pero como todo hombre que alcanza a desempeñar un gran papel en el mundo, unía a la riqueza singulares atributos personales: "...atrayente cultura personal, conocimiento de la política europea, posesión perfecta de los idiomas inglés y francés, habituado y conocedor de las costumbres del país, versado en las normas de la política internacional..."

Se ha querido establecer la causa de la rebeldía de Torres contra su patria en el hecho de que, por haber desempeñado varios cargos oficiales en el Nuevo Reino de Granada, tuvo amplia oportunidad de conocer el injusto sistema político y administrativo de las colonias.

En todo caso, a raíz de la revuelta de los Comuneros, don Manuel Torres se manifiesta como hombre de ideas francamente subversivas. Si hemos de dar crédito a sus biógrafos, no rehuyó participar en los movimientos revolucionarios que prepararon la independencia de Santa Fe, comprometiéndose a tal punto que por no ser extraño a las conspiraciones contra el Gobierno y a los movimientos revolucionarios de fines de siglo XVIII, hubo de dejar el país.

Filadelfia era la me
transformaciones p
toda una novísima
sangrientas de la R
propicio para el es
Manuel Torres sus

Los agentes que e
una vez iniciada la
gran nación del N

En todas las gestio
actuado como me
agentes de Nueva
a partir de 1819 es
de dicho año, Don
amigo de la indep
mas para procura
sucesos o las circ

No viene al caso ex
con anterioridad a
indispensable indi
sentante de Venez
tratar con él por ra

Pero es precisam
donde el verdadero
del metal. El seño
el gran mundo de
que se le han con
recibe siempre, se
El presidente Mon
Estado, John Quin
conferencias con

En lo más recio de
al Señor Torres:

Filadelfia era la meca de los espíritus ansiosos de observar de cerca las grandes transformaciones políticas de la época, el engranaje maravilloso en que funcionaba toda una novísima concepción de la sociedad humana. París, por las jornadas sangrientas de la Revolución, no era ciertamente el lugar que brindara el ambiente propicio para el estudio reposado y fecundo. Entonces a Filadelfia encaminó don Manuel Torres sus pasos en voluntaria expatriación.

Los agentes que enviaron los países hispanoamericanos a los Estados Unidos, una vez iniciada la guerra de independencia, en procura del reconocimiento de la gran nación del Norte, encontraron en Don Manuel el más valioso auxiliar.

En todas las gestiones diplomáticas de los países grancolombianos, Torres había actuado como mero amigo y consejero oficioso, y en muchas ocasiones los agentes de Nueva Granada y Venezuela prestaron oídos a sus admoniciones. Sólo a partir de 1819 es nombrado oficialmente Encargado de Negocios. El 14 de agosto de dicho año, Don Francisco Antonio Zea, confirma a este "antiguo y verdadero amigo de la independencia americana, el nombramiento con facultades amplísimas para procurar reportar en favor del país, todo el bien a que los diversos sucesos o las circunstancias dieran ocasión".

No viene al caso examinar aquí la historia de las relaciones con los Estados Unidos con anterioridad al nombramiento efectivo de don Manuel Torres. Pero sí es indispensable indicar que su antecesor, el General Lino de Clemente, representante de Venezuela, fue muy mal acogido: la Secretaría de Estado se negó a tratar con él por razones que tampoco vienen al caso.

Pero es precisamente en los trances difíciles y en las circunstancias críticas en donde el verdadero mérito de los hombres se prueba, como en el crisol el valor del metal. El señor Torres estaba acostumbrado a moverse con desenvoltura en el gran mundo de la capital americana y ahora llevaba adelante las negociaciones que se le han confiado como un timbre más en su elevada posición social: se le recibe siempre, se atienden sus peticiones, se le invita a toda brillante recepción. El presidente Monroe hace inquirir la opinión de Torres a través del Secretario de Estado, John Quincy Adams, el cual ha dejado copias en sus memorias de sus conferencias con el negociador de la Gran Colombia.

En lo más recio de aquella lucha diplomática un nuevo adversario le cierra el paso al Señor Torres: inesperadamente su salud comienza a quebrantar su recio

organismo, lo que lo obliga al reposo, cuando más urgentemente era necesario moverse, concurrir a las Embajadas, visitar la Secretaría de Estado, porque la cosecha de sus largos años ya estaba a punto.

A tres puntos fundamentales reducen nuestros tratadistas de historia diplomática la larga y meritoria labor de don Manuel Torres: el reconocimiento de la independencia de la Gran Colombia, la consecución de armas y elementos de guerra, y, por último la contratación de un empréstito. Si bien los dos últimos debía conseguirlos en las fábricas de elementos bélicos y con prestamistas, también interesó al Gobierno americano en esos particulares aprovechando la situación para intensificar la petición principal de carácter político.

Cualquiera de los objetivos enumerados es suficiente para acreditarle por el gran tacto, persistencia y habilidad con que los cumplió.

El 19 de junio de 1822 es recibido Torres por el Presidente James Monroe, oficialmente como Agente Diplomático. Se dice que la escena fue verdaderamente emocionante, no solamente por el éxito personal que representaba para este viejo servidor de nuestras relaciones exteriores, sino también por la trascendental significación para los destinos del continente que había logrado aquel "simple encargado de negocios sin poderes bien definidos", según la despectiva expresión del Embajador español. Se abría así la puerta del reconocimiento a las naciones de la América del Sur.

En el famoso Diario de John Quincy Adams se encuentra la siguiente relación de la memorable escena del reconocimiento:

"19 de junio, a la 1:00 p.m. presenté a Mr. Manuel Torres como Encargado de Negocios de Colombia, al Presidente. Este acto fue principalmente interesante por ser el primer hecho formal del reconocimiento de un gobierno independiente de Suramérica. Torres, quien tenía tan poca vida que casi no podía caminar solo estaba profundamente afectado. Habló de la gran importancia que este reconocimiento tiene para Colombia y de lo extraordinariamente grato que sería para Bolívar. El Presidente lo invitó a sentarse a su lado y le habló con amabilidad tal, que hizo derramar lágrimas a Torres. El Presidente le aseguró el gran interés tomado por los Estados Unidos, por la felicidad y progreso de su país y de la especial satisfacción con que

lo recibía como
costumbre, fue
una copia impre

Debido a su quebranta
Washington. El 21 recib
se trasladaba a Filadel

El 15 de julio siguiente
enfermedad que me tie
caciones a la Cancille
encontró el otoño, sin
para existir esto es, rop
y del respeto del gobie

A nuestro parecer, el t
histórica no está sólo
indican sus panegirista
Derecho Internacional
simple del reconoci
de un principio fundam
de Colón: el reconoc
fundación de una polít

Las notas de Torres -d
Corte Internacional de
tuyen páginas elocue
Colombia sino de tod
sobre los vastos domi
de Estado del 20 de f
noviembre del mismo
Gobierno, cuyas instr
americanas. La acci
otros pueblos hispano
acción diplomática pa

La simple lectura de l
de Estado de la Unid

lo recibía como su primer representante. La audiencia, como de costumbre, fue de unos minutos nada más, y al salir me dio Torres una copia impresa de la Constitución de Colombia".

Debido a su quebrantadísima salud, don Manuel Torres permaneció muy poco en Washington. El 21 recibió la visita del Secretario de Estado, y pocos días después se trasladaba a Filadelfia.

El 15 de julio siguiente, falleció en esta ciudad, abandonado por su Gobierno: "La enfermedad que me tiene en mi aposento -escribía en una de sus últimas comunicaciones a la Cancillería de Bogotá- la causó la escasez y miseria en que me encontré el otoño, sin el menor recurso para procurarme lo más necesario aquí para existir esto es, ropa y leña". Pero se fue de la vida en medio de la veneración y del respeto del gobierno de los Estados Unidos.

A nuestro parecer, el timbre supremo del señor Torres puesto a la consideración histórica no está sólo en haber luchado sin desmayo por esos tres puntos que indican sus panegiristas. Su verdadera gloria, que lo acredita ante la historia del Derecho Internacional, es la habilidad que desplegó para envolver en un acto simple del reconocimiento la independencia de nuestra patria, el mantenimiento de un principio fundamental en la vida política de los pueblos que forman el mundo de Colón: el reconocimiento de la gran República fundada por Bolívar y la fundación de una política americana, como escribió él mismo sagazmente.

Las notas de Torres -dice el eminente internacionalista y magistrado que fue de la Corte Internacional de Justicia de La Haya, doctor Francisco José Urrutia- constituyen páginas elocuentes en pro de la existencia y de los derechos no solo de Colombia sino de todas las naciones americanas que acababan de constituirse sobre los vastos dominios de España en América. La nota de Torres al Secretario de Estado del 20 de febrero de 1821, y la exposición escrita al mismo del 30 de noviembre del mismo año, son documentos que hacen acreedor a Torres y al Gobierno, cuyas instrucciones recibió, a la perdurable gratitud de las naciones americanas. La acción libertadora de Colombia en favor de la emancipación de los otros pueblos hispanoamericanos se complementa, según el autor citado, con su acción diplomática para asegurarles la libertad conquistada.

La simple lectura de la nota que el 30 de noviembre de 1821 dirigió al Secretario de Estado de la Unión Americana, exposición que autorizó a los expositores del

Derecho Americano han clasificado de trascendental, es suficiente prueba de la valía de don Manuel Torres en esas arduas materias. En el próximo número de la Revista publicaremos el texto completo de dicha exposición.

LA DELIM

Por
Juan José Q
Primer Secret

1. PRESENT

El 16 de novi
ratificación d
1982. Con es
Convención
conformidad

Este hecho p
en el campo
tiempos, toda
Derecho del
desarrollo pr
cional en tod
Montego Bay

La entrada e
reactivar el p
que para un
manera de co
siciones de la
sobre un as
colombiana:

No se exami
que se relaci
trate de aqu
rencia, como
representan
Ginebra de 1
figura de los